

El museo deslumbrante

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

— XVII —

Durante el verano Myconos debe ser un hervidero de turistas, pero en el otoño este movimiento queda reducido a muy débiles corrientes de viajeros retrasados, que de todas maneras tienen esta isla en su itinerario, pues muy cerca, a solo una hora de viaje en lancha, está Delos con las grandes ruinas de uno de los más famosos santuarios de Apolo. La isla tiene un encanto único, su puerto pequeñito y acogedor, sus blanquísimos muros, la transparencia de su mar, los pelícanos de la playa, son hilos que se van entrecruzando en nuestro rededor, hasta formar una red que no se romperá sino después de una lucha tremenda en la que hay que poner en juego todo el corazón. Por eso, hay muchos turistas que se han quedado, que ya son ciudadanos de Myconos, casi todos de Norte América. Algunos de ellos tienen sus círculos propios con las reuniones y con la vida social que se puede llevar en una isla. Mas, primero están los personajes nativos.

Primero que todo Kostas Kambanis. Es el rey de la isla. Al caer de la tarde está sentado en el mismo asiento en el pequeño bar del hotel Apolo, desde donde ve la entrada de los barcos en la noche. Tiene su propia botella de metaxas que suele compartir con sus amigos extranjeros, a quienes invita generosamente. Lo conocí por intermedio de un funcionario de la B.B.C. de Londres, quien me fue presentado por Helena y quien estaba allí "para escribir una novela", según me dijo después con un tono irónico, por cierto. Esa noche Kostas invitaba a su casa y al saber que yo era escritor quería que lo "honrara" con mi presencia. La reunión fue muy agradable. Kostas hizo reminiscencias de un París lejanísimo, en donde hizo sus estudios de bachillerato y habló en un francés "mejor que su griego", según nos confesó con cierto orgullo. El viejo que tiene un perfil imperial y cubre su cabeza con una gran boina azul, se comporta con muy finas maneras de gran señor; habla de sus tradiciones, de su casa y de la capilla de su familia —casi todas las casas de Myconos tienen una capilla— y del valor de los íconos antiguos que la adornan. Su orgullo está cifrado en haber sido amigo de todas las personas importantes que han pasado por la isla. "En Myconos, como ustedes saben, hay un refugio para artis-

— 1373 —

tas, pero el verdadero centro de los artistas ha sido esta casa". Dice sin énfasis, más bien con la satisfacción de un deber de hospitalidad cumplido cabalmente.

Después contó la historia de Myconos, una historia que le oí narrar luego muchas veces, siempre que le era presentado un nuevo amigo. Hace muchos años, en su juventud, llegó a las islas un grupo de geólogos franceses a quienes acompañó en sus correrías. El jefe de la misión comentaba cuando veía las colinas peladas de la isla, que en ella era imposible vivir, hasta que un día llegaron al otro lado, frente a la mar Ikaria—donde Ikaro se estrelló, recalca Kostas como si el hecho hubiera sido un acontecimiento de ayer— en donde hay un monasterio. Allí los monjes los recibieron con la gran amabilidad y cortesía que caracteriza su espíritu hospitalario. El abad ofreció un gran vaso de vino y al calor de las confidencias el francés volvió a preguntarse cómo era posible que en esas islas vivieran seres humanos. El abad le explicó el origen de las islas: Cuando Dios terminaba de hacer el mundo, en su gran cacerola encontró que le restaban unas cabezas calvas con las que no sabía qué hacer, hasta que al fin, incómodo con ellas, decidió arrojarlas al mar. Así nacieron las islas, esas cabezas peladas del mar. Cuando terminó de contar esta historia abrió las ventanas de la sala oscurecida y entonces entró la luz: las lámparas centellearon con irisaciones increíbles, los cristales refractaron las luces, un extraño fulgor encendió todas las cosas y, ante el asombro de los circunstantes, el monje exclamó: "Y sin embargo Dios existe". La última parte de la narración la hacía Kostas con un gesto inspirado y profundo, como si estuviera declamando en el teatro. Con voz trémula y conmovida modulaba las últimas palabras hasta hacerlas resaltar los más escondidos matices, que el auditorio gozaba con incandescente fruición.

Después Kostas nos hizo escribir a todos unas líneas en su libro de visitas y luego el uzo y el brandy fueron borrando los perfiles nocturnos. Salimos un poco más que achispados de la casa de nuestro anfitrión, muy entrada la noche, hablando en voz alta, por lo que fuimos reconvenidos por un policía del turismo, en forma tan cordial, que Helena lo abrazó y le dio un beso en la mejilla. Las risas satisfechas del agente del orden rubricaron la oscuridad de la noche entre el estallido del mar en los arrecifes costeros.

La mañana es siempre deslumbrante en Myconos. Ese mar insaciable como una fiera planetaria, y a la vez macho y hembra en sus grandes copulaciones lunares y solares, vuelve a ser el dios y el principio de todo, que nos enseñó el poeta milesio. Largos y perezosos paseos costaneros para observar el trabajo de los pescadores que remiendan sus redes o que se entregan al horrible trabajo de desescamar los pulpos jabonosos, golpeándolos contra las piedras de la orilla. Es un sonido fofo, desagradable, que se repite interminable y monótono y que nos persigue muy lejos en la fantasía circular que cae del gran sol como una corona de espejos.

Hay otro Kostas en la isla. Este nos asedió físicamente cuando tomábamos un café al aire libre. Con un gorro rojo y un sinnúmero de banderetas pegadas al sucio vestido lleno de inscripciones. Como es mudo nos fue muy difícil entender que quería que firmáramos también nosotros en

una esquinita blanca de su pantalón. Después nos ofreció peinillas, cepillos para dientes y dentífricos. Cuando dio la vuelta vimos en la espalda un gran cartel con su nombre. Se le ve con frecuencia rondando los cafés y las tabernas de la costa, con un aire entre distraído y taciturno, entre sonreído y sarcástico. Su presencia tiene algo de estremecedora y de antipática y parece que él lo supiera. Tengo una sensación de descanso al verlo desaparecer como un fantasma por una de las bocacalles.

El bar del hotel "Apolo" es el centro de la actividad turística de Myconos, especialmente en las tardes. A esta hora, una mujer aparece con una inmensa cesta de pescado para alimentar los pelícanos. Petrus y Erynis son dos personajes importantísimos en la avenida costanera. Allí reciben toda clase de homenajes de admiración como si fueran los verdaderos dueños de la isla. Las plumas de un rosado intenso reververan con los reflejos de la tarde cuando saltan y abren las alas para atrapar los peces que le arrojan desde lejos. Después se pasean satisfechos por la avenida o por una de las calles, en donde encontrarlos es una grata sorpresa.

Estamos en el bar tomando una copa. Acabo de conocer a Monique, una francesita diminuta y graciosa que se dedica a la pintura. He visto uno de sus cuadros: su inspiración es verdaderamente macabra porque pinta rostros desencajados de un color verdinoso, pinta vampiros y unos caballos rojos que inspiran terror. Kostas la cuida como a una hija y tengo la impresión de que llega hasta solucionarle menudos problemas económicos. Como he dejado la lectura del último *Paris Match*, un desgarrado melenudo que está en la mesa siguiente me solicita el favor de que le permita leer la revista. Kostas lo detesta. "Este y el otro existencialista son una porquería, si yo pudiera los haría expulsar de la isla. Han estado aquí todo el verano y hasta el momento no se les conoce oficio de ninguna clase. No se qué es lo que hace la policía". Dice, mientras acaricia en sus finas manos de aristócrata un anillo de oro con un bajo relieve antiguo que dice haber sido encontrado en una excavación de Tebas. "Por el tema del bajorrelieve y por los exámenes que le han hecho se puede concluir que tiene unos tres mil años".

El melenudo existencialista que tanto detesta mi amigo lee con mucha seriedad la revista. Yo lo observo de reojo: no tiene zapatos, está realmente sucio, y aun cuando su rostro acusa rasgos de gran clase, la barba desgredada y ese pelo tan largo le dan un aspecto muy poco atractivo. Tal vez con cierta excesiva cortesía me devuelve la revista, y como Monique es amiga suya le pido que lo invite a nuestra mesa cuando Kostas se ha perdido ya en la calle arastrando su pierna gotosa.

Su nombre es Bruno Demattio. No es francés como pensé en un principio, sino alemán, de padres italianos. Da la impresión de que en algún lugar, alguna vez se hubiera enfrentado con el demonio o, simplemente, tiene el aire de un hombre que no teme su propia condenación en el infierno limitado y medido de esta tierra. Con la primera copa soltó la lengua con una alegría contagiosa y se transformó su rostro como si acabara de salir de un cascarón, con un interior gris, apagado y melancólico. Después de haberse introducido como pintor en forma muy seria y circunspecta, y

luego de hablar muy discretamente de su **atelier** en el otro lado del pueblo, frente al mar, al descubrir que yo no era ni remotamente un posible comprador, puso el juego sobre la mesa y se mostró tal cual era: un buen vividor de las mezquindades de este mundo, un tanto despreciativo y cínico. A poco se burló de las teorías que me había espetado sobre los equilibrios dinámicos y sobre ciertas abstracciones por él descubiertas, que conducían a una nueva matemática y a un nuevo planteamiento del espacio. En el Cairo, donde lo encontré por última vez, me tocó asistir muy seriamente a la misma conferencia que le hizo a la directora de una sala de exposiciones en la que presentó una muestra de su obra sin éxito de ninguna clase.

Helena no abrió la boca en toda la noche, cosa que aunque fuera extraña no me importó en lo más mínimo. Estuve fascinado todo el tiempo con Bruno, quien, desde el primer momento, le resultó desagradable a mi amiga, casi tanto como le había parecido maravillosa la personalidad de gran señor que ostentaba Kostas. Esa misma noche sellamos una amistad que iría a arder toda mi temporada de Myconos con un fuego que esclareció espacios oscuros de mi alma. En el restaurante, situado en la casa que sigue al hotel, me mostró al otro día una especie de fresco que estaba haciendo con motivos de la isla en una de las paredes. Era una composición simple y agradable de quien tiene cierto conocimiento del dibujo, sin ninguna muestra de talento especial. Mientras almorzábamos le pregunté por el tiempo que le podía tomar el trabajo: "Eso lo puedo hacer en un día, pero ya llevo tres meses trabajando y espero tomarme un mes más en su terminación, porque fuera de los dracmas que me paga el dueño por esta obra de arte, el gran artista almuerza gratis aquí hasta que finalice su trabajo". Y soltó una de esas carcajadas indestructibles que permanecen eternamente en la memoria como una fuente de vida, independiente de la voluntad, incosciente, como el fulgor externo de un aletazo divino.

Cuando ascendíamos a nuestras habitaciones del hotel, Helena me confió entre sollozos que no quería abandonar a Myconos, pero que en un momento de irreflexión, o de reflexión diría yo, había adquirido un pasaje en un barco turco que saldría del Pireo hacia Barcelona dentro de tres días. Recibí la noticia casi como una liberación. El método homeopático había logrado ya un nuevo equilibrio de los humores; otros pretextos invadieron mi corazón con su monopolio sacrílego.